

fetiquismo. Para el Buda, como para los bramanes, la existencia es un mal; la obligación de renacer, suplicio eterno; y la emancipación es, no la muerte — porque al fin se renace — sino la extinción de la personalidad, de la voluntad, del deseo, con lo cual se llega á la nada, al paraíso budista. Preferible es el no ser á la cadena de existencias, al renacimiento continuo en un mundo de dolor: la beatitud del budista reside en el *nirvana*, estado en que cesa toda acción y toda manifestación, y, acabando la existencia, comienza el reposo. La teodicea que el bramanismo legó al budismo, es panteística: absorción de la individualidad humana en el ser universal: el budismo vulgarizó esta noción, y millones de hombres aprendieron, merced á la palabra del Buda, que el modo de salvarse era dejar de obrar y de ser. Apenas se concibe cómo religión que se basa en tales dogmas pudo ejercer civilizadora influencia sobre extensas regiones del mundo: parece que sus resultados debían ser apatía y embrutecimiento: afortunadamente hay en el hombre una feliz falta de lógica, que le impide sacar todas las consecuencias de muchas premisas que acepta.

Para conseguir la deseada emancipación, recomendó el Buda como medio eficazísimo el ascetismo, que reprime deseos y pasiones y convierte la mente á la contemplación pura. Sobrepujan los rigores del ascetismo indio á las mortificaciones de la regla más estrecha de ninguna Orden católica. Al asceta budista se prescribe vestirse de harapos recogidos en los cementerios; mora en las selvas, sin más abrigo que el follaje de los árboles; come los restos que encuentra por el suelo; ha de dormir sentado ó de pie, porque no debe acostarse; sus ayunos son tales, que la piel

se le pega á los huesos, y la lengua al paladar; así alcanza los cuatro grados de contemplación: en el primero conoce la naturaleza de las cosas; en el segundo, cesan el juicio y el raciocinio; en el tercero, se evapora el sentimiento de su perfección intelectual; en el cuarto, desaparece hasta la conciencia vaga del ser, y se abren las puertas del nirvana, donde recorre otras cuatro esferas: la infinidad del espacio, la infinidad de la inteligencia, la esfera donde nada existe, y la esfera donde no existe siquiera la idea de la nada (57). Nos hallamos en el centro del nirvana, en las profundidades más inefables y arcanas del cielo indio, á las cuales se llega por medio de doble y lento suicidio moral y físico; y estamos también encontrando el quietismo de los begardos y el enervante misticismo de los amalricianos. Europa pudo recibir los gérmenes budistas por Grecia, ó por Rusia, donde se propagaron desde Tartaria. Esta concepción radical del mal de la existencia debió arraigarse de tal modo en aquellas tristes regiones eslavas, que aun tiene hoy no poca parte en el tremendo conflicto político-social que las consterna (58). Nadie desconoce el carácter pesimista del nihilismo; sus sombríos matices místicos han sido notados en distintas ocasiones; muchos de sus afiliados muestran el horror al matrimonio y conservación de la especie que distinguía á ciertos herejes de la Edad media (59), supremo arbitrio propuesto por Schopenhauer y Hartmann, filósofos del pesimismo contemporáneo, para extirpar el mal de la existencia. Caminaron estas tenebrosas ideas de las regiones ardientes del Indostán á las heladas estepas tártaras, por donde penetraron en Rusia y de allí á esa Bulgaria ó *Bugria*, foco de herejías, cuyo nombre es aun hoy una injuria en algunas lenguas. En las re-

giones del Norte toma el ascetismo indio matices violentos y extravagantes, y se pierde en especulaciones metafísicas : por eso begardos y hermanos del libre espíritu son principalmente, como hemos observado ya, comunistas religiosos, mientras los dulcinistas y fatricelos, nacidos en el Mediodía, tienen heterodoxia más clara, práctica y racionalista. Del credo budista pudieron tomar los herejes de la Edad media, antes que de los franciscanos, modelos para su mendicidad místico-socialista : especie de Orden mendicante es el budismo en sus comienzos, y la devota vagancia uno de sus estatutos (60).

Anárquicas y comunistas en su mayor parte, estas herejías vinieron á dar elocuente testimonio de la superioridad de las doctrinas sociales del Cristianismo, de quien es prez haber constituido los estados más progresivos, despertando en las razas europeas la actividad, mientras que al borde del Ganges el hombre se dormía soñando con el nirvana; haber fundado la grandeza y poderío de las naciones cerrando la puerta á toda tentativa anárquica que pudiera llevarlas de nuevo á la barbarie. Nadie como el Cristianismo ha contrapesado la vida práctica con la espiritual; nadie ha rechazado más la invasión del despotismo y del socialismo, que cada cual derechamente conducirían á Europa al atraso, helando en flor su civilización renaciente. Buena prueba de ello es la decisión de la Iglesia en la controversia sobre la pobreza de Cristo y los Apóstoles. Á primera vista diríase que carece de interés social aquella riña de teólogos; y sin embargo, examinando su espíritu, vemos que estaba preñada de riesgos. Harta más importancia tiene que la discusión sobre la pobreza franciscana. Ésta se circunscribe á la Orden, y sólo para ella es grave y vital. Que los

franciscanos, sujetos á observar una regla que no obliga á los demás individuos de la sociedad, puedan ó no poseer algo particularmente ó en común, no es cosa que afecte á la sociedad toda; pero si se hubiese declarado que Cristo y los Apóstoles, modelos de la vida cristiana, no poseyeron jamás cosa alguna particular ni colectivamente, tendríamos casi reprobado por la Iglesia el derecho de propiedad y establecido el comunismo en nombre de Cristo; y las consecuencias de tal declaración serían las que se puede suponer.

El franciscano Hubertino de Casal abrió camino á la definición del punto discutido, declarando que Cristo y los Apóstoles tuvieron en el mundo dos estados : el de prelados de la Iglesia del Nuevo Testamento, según el cual poseyeron bienes, y dominio y autoridad para distribuirlos en limosnas y á los ministros de la Iglesia; y el de personas privadas, fundamento de la perfección evangélica y total desprecio del mundo, según el cual renunciaron á todo, como dice san Pedro, y por ende á reivindicar en juicio cosa alguna; pero conservando el derecho natural al uso necesario de las cosas de la vida. Juan XXII con firmeza y en repetidas ocasiones declaró que « era herejía el afirmar pertinazmente que nuestro Redentor y Señor Jesucristo y sus Apóstoles no hubiesen poseído nunca cosa alguna en particular ni en común ». Muchos teólogos franciscanos habian defendido la opinión contraria, fundándose en la Decretal *Exiit qui seminat* de Nicolás III; pero la Orden se sometió á la decisión de la Iglesia, y poco después tuvo ocasión de probar brillantemente su ortodoxia, anatematizando en masa al franciscano Pedro Corvario, de quien la ambición de Luis el Bávavo hizo un antipapa, y apartándose del

general Miguel de Cesena, cuando se obstinó en su cismática rebeldía contra Juan XXII (61).

Este espíritu de adhesión á la autoridad de la Iglesia, y la aceptación y santificación de todos los legítimos fines humanos, abre un abismo entre la idea de san Francisco y la de los sectarios fratricelos y begardos, y aun maniqueos y valdenses, que tienen la nota común de ser — si pueden aplicarse á conceptos antiguos palabras modernas — revolucionarios y anarquistas, á más de enemigos de la disciplina eclesiástica. Begardos y lolardos se distinguen por su tendencia anticlerical y socialista: quieren la ruptura de la regla claustral, la abolición de los votos perpetuos y de la jerarquía de la Iglesia, para que el creyente se entienda directamente con Dios. Los insabattatos pretenden que no se obedezca á las potestades eclesiásticas ni seculares, ni imponga pena alguna corporal á los reos. Dulcino intenta abolir el matrimonio y la propiedad, suprimir toda autoridad civil y religiosa: tempranos albores del *amorfismo social* de Bakunine y los radicales nihilistas. En esta aspiración á echar abajo lo existente, á fundar una sociedad nueva é igualitaria, así en lo espiritual como en lo material, se confunden todas aquellas sectas de origen tan vario, de nombres tan distintos; y hay más: esta propensión, no ya liberal, sino comunista en el grado más alto, es distintiva de las herejías del siglo XIII y XIV. Escritores católicos aseguraron con buena fe y mejor intención, que las heterodoxias de todo tiempo se reducen á formas diversas del espíritu revolucionario: para adherirse á tal juicio sería preciso olvidar que errores de carácter reaccionario, como el tradicionalismo, han sido condenados por la Iglesia. En el siglo XIII el comunismo se presenta en forma mística, porque, aunque

la plebe aspire á la anarquía social, no se da cuenta de ello: el periodo es de transición del feudalismo á las monarquías: los pueblos entrevén la emancipación y los derechos nuevos que van á conquistar, pero sienten el aguijón de la miseria, y de aquí su brutal comunismo: la Iglesia los contiene, y de aquí su laicismo; los inspiradores les prometen un paraíso, y mezclando los errores dogmáticos y las esperanzas políticas, lánzase á esa lucha con toda la fuerza y virginidad de sus utopías no marchitas aún por ningún desengaño. La palingenesia final es el cielo del comunismo, que ahora se ha convertido en el indefinido progreso y el culto de la humanidad. Hoy como ayer — ¡extraña persistencia de los errores! — hay dialécticos que expongan, y pueblos que crean que la desventura anexa á la condición del hombre en este valle de lágrimas, puede vencerse con el advenimiento de instituciones enteramente democráticas, y venir la edad de oro con los adelantos de la ciencia: lo que los fratricelos del siglo XIII entendían por « reinado del Espíritu Santo ».

Ha sido preciso señalar el verdadero puesto de san Francisco y de la Orden Franciscana en la historia de estas ideas — más antiguas de lo que parece — porque no falta quien incluya al Santo de Asís en el número de los precursores de la moderna democracia. Así lo considera, por ejemplo, el célebre orador Emilio Castelar en sus estudios titulados *San Francisco y su convento en Asís*; páginas escritas con imaginación lozana, calor y poesía, pero donde san Francisco es un profeta social, y su Orden hermana de los fratricelos (62). Importaba pues indicar hasta dónde llega y en dónde se detiene el espíritu democrático de la obra de san Francisco de Asís, espíritu democrático pura-

mente *afectivo*, de amor y caridad infinita para los pequeños y los débiles y los ignorantes, pobreza voluntaria que no anatematiza la riqueza, celibato que bendice el matrimonio, humildad popular que venera las ciencias y las artes, igualdad espiritual regulada por la obediencia. Por lo demás, el mundo ha marchado, el poema de la historia cuenta cinco estrofas más, cinco largos siglos; en su transcurso las ideas cumplieron su evolución lógica; los valdenses son hoy protestantes; el fatalismo maniqueo, determinismo científico; el quietismo panteísta, filosofía de lo inconsciente y doctrina de *l'infelicità*; á Dulcino ha sucedido Bakunine; y la Orden Franciscana puede repetir con san Buenaventura por boca de Dante :

.....
*Ben dico, chi cercasse a foglio a foglio
 nostro volume, ancor troveria carta
 u' leggerebbe: l' mi son quel ch'io soglio* (63).



NOTAS.

(1) Balmes, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*.

(2) De la gran secta de los husitas ó taboritas, que ocasionó en Bohemia, después de la muerte de Wenceslao IV, la más mortífera y atroz guerra religiosa que haya ensangrentado á Europa, sólo quedan hoy, como monumentos literarios, quince ó veinte volúmenes: el uno estuvo siglo y medio tapiado en el hueco de una muralla, y descubriólo un albañil; otro oculto en una cuadra; otro en el fondo de un pozo; otro lo sacó de la hoguera, casi devorado por las llamas, un lego de los jesuitas. Lo mismo acontece con los rituales cátaros y tratados valdenses.

(3) De la palabra latina bárbara *sabaturn*, origen de las francesas *sabot* y *savate*, y la castellana *zapato*. (Menéndez Pelayo, *Historia de los Heterodoxos*.) — Construyendo castizamente debiéramos decir, no *insabattatos*, sino *enzapatados*.

(4) Alzog, *Historia de la Iglesia*.

(5) Henrion, *Historia de la Iglesia*.

(6) Cantú, *Gli Eretici d'Italia*.

(7) Rohrbacher, *Histoire de l'Église*.

(8) En algunas provincias del mediodía de Francia llaman hoy á los agentes de las sociedades bíblicas, *barbets*, del nombre de *barbas* con que eran conocidos los propagandistas valdenses.

(9) Menéndez Pelayo, *Historia de los Heterodoxos Españoles*.

(10) He aquí las palabras de san Bernardo acerca de los valdenses: — *Denique, si fidem interrogas, nihil christianius: si conversationem, nihil irreprehensibilis... Et quæ loquuntur, factis probant... Panem non comedunt otiosi; operantur manibus, unde vitam sustentant.* — Lo difícil es concordar esta última noticia con la aseveración de algunos autores en que leo que los valdenses vivían en la holganza y de limosna.

(11) Lenormant, *Histoire ancienne de l'Orient*, T. II.

(12) Zoroastro nació — dice la leyenda — con la sonrisa en los labios; por donde los magos, conociendo que sería enemigo de Arimanes, quisieron matarle en la niñez; pero Ormuz milagrosamente lo salvó. A los treinta años se retiró Zoroastro á la montaña para meditar, bajando de ella con el libro sagrado del Avesta, y entrando por el techo en el palacio del rey Gustaspe. Como éste le pidiese un milagro en prueba de sus doctrinas, Zoroastro le dijo: — « El mayor milagro es el Avesta: léelo y no me pedirás otro »; á pesar de lo cual, acabó por realizar estupendo prodigio con el caballo favorito de Gustaspe, y éste creyó. Zoroastro entonces pudo imponerse á los magos sacerdotes de la antigua ley, y enviar misioneros de la nueva por toda Persia. (Dubeux, *La Perse*.)

(13) « Los gnósticos se llaman así — dice san Juan Crisóstomo — porque pretenden saber más que los otros... Los gnósticos no discuten, afirman, y su ciencia *esotérica* ó vedada á los profanos, la han recibido, ó de la tradición apostólica, ó de influjos y comunicaciones sobrenaturales. » (Menéndez Pelayo, *Hist. Heter.*)

(14) Los paulicianos eran secta maniquea numerosísima en Oriente, donde desempeñaron importante papel social. Con el mismo nombre son conocidos hoy los Paulicianos, que aun subsisten en Bosnia, Servia y Bulgaria.

(15) Estos agentes de propaganda, para comunicarse con pueblos que hablaban distintas lenguas, se servían de una jerga greco-eslavo-latina, que desde las Cruzadas corría por Oriente y las costas del Mediterráneo, y se llamaba lengua

franca. Para no ser cogidos tenían un santo y seña con que se daban á conocer á sus afiliados. Iban á pie, y simulaban alguna industria ambulante, para cohonestar sus viajes.

(16) Henrion, *Historia de la Iglesia*.

(17) La palabra *esquema* viene del griego *σχημα*, figura, forma, vestidura.

(18) Se les acusa de conjuros y hechicerías, de quemar niños y de promiscuidad sexual.

(19) « Armañac, Cominges, Beziers, Tolosa, no estaban acordes jamás sino en atacar las iglesias. Dábaseles poco de las excomuniones. *Comes de Cominges simul tres uxores habebat; Tolosanus, Raymundus VI, plures etiam mulieres habebat, a pueritiaque sua præferebat ejus parentis concubinas.* Aquella Judea de Francia — que así llaman al Languedoc — no recuerda la otra tan sólo por su betún y sus olivos: también tiene su Sodoma y su Gomorra. » (Michelet, *Histoire de France*.)

(20) En una constitución de Federico II se lee lo que sigue: — *In exemplum martyrum, qui pro fide catholica martyrium subierunt, patarinos se nominant, veluti expositos passioni;* — y también en las Cortes de Carlos I, que citan igualmente los franceses: — *Li vice de ceans son coneu, par leur anciens nons, et ne veulent mie qu'il soient apelé par les propres nons, mais s'apellent Patalins par aucune excellence, et entendent que Patalins vaut autant comme chose abandonée à souffrir passion en l'ensemble des martyrs, qui souffrirent torment por la sainte foy.* (Cantú, *Eretici d'Italia*.)

(21) Cantú, *op. cit.*

(22) « Vanamente los correos pontificios llevaban á Albi, á Tolosa y á Narbona bulas de excomunión y anatema contra los enemigos de la fe romana. La heterodoxia había entrado hasta en los rectores de las iglesias en que debían fulminarse las bulas, y los mismos obispos, aunque más firmes en la disciplina católica, se hallaban sin poder, no sabían qué resolver, y experimentaban el influjo de la corriente general. » (Thierry, *Histoire de la Conquête d'Angleterre par les Normands*.)